EL TEATRO CONTEMPORÁNEO.

¡ME GUSTAN TODAS!

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

J. M. M.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

¡ME GUSTAN TODAS!

638:11

¡ME GUSTAN TODAS!

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

Representado por primera vez con extraordinario éxito en Madrid, en el Teatro de Lope de Rueda, el dia 9 de Noviembre de 1869.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELISA.....	Doña Felipa Diaz.
FERNANDA.....	Doña Amalia Gutierrez.
DOÑA RAMONA.....	Doña Manuela Ramos.
JUANA.....	Doña Josefa Hijosa.
ENRIQUE.....	Don Ricardo Morales.
DON DIEGO.....	Don Antonio Pizarroso.
PEDRO, andaluz.....	Don Emilio Mario.

La accion en Madrid. Época actual.

La propiedad de esta obra pertenece á D. José María Moles, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los corresponsales de la Galeria dramática titulada *El Teatro Contemporáneo*, que administra D. Alonso Gullon, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

AL SEÑOR DON FERMIN MARIA ALVAREZ.

No hagas caso de la insignificancia de este juguete, y acepta su dedicatoria como una ligera prueba de cariño de tu invariable amigo.

El Autor.

Liceo, 1er Apte. Octave 1874

ACTO PRIMERO.

Sala elegante: puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA RAMONA, D. DIEGO.

RAM. En fin, con tal que se case...
DIEGO. ¿No se ha de casar, mujer?
RAM. Siempre fué una mala cabeza.
DIEGO. De chico, ¿quién no lo es?
Mas ya cumplió treinta años,
y debemos suponer
que con la edad, la experiencia
se haya hecho sentir en él,
y habrá cambiado del todo.
RAM. Mucho lo celebraré.
DIEGO. Las cartas que me escribia
desde la Habana, ya ves
no pueden ser más juiciosas...
RAM. No me fio del papel.
DIEGO. Y la que al saltar en tierra
hace ocho dias ó diez,
desde Cádiz me escribió,
prueba, á mi juicio, tambien
que el muchacho ha cambiado

en su manera de ser.
Aquí está. (Saca una carta y lee.) «Querido tio:
»anoche desembarqué
»sin novedad; á Madrid
»iré para fin de mes
»á dar un abrazo á ustedes
»cumpliendo con un deber,
»que el cariño que les tengo
»hará que sea á la vez
»una dicha para mí.
»De paso prevengo á usted
»que me cansa estar soltero
»y pienso tomar mujer.
»Usted tiene dos sobrinas
»que son solteras tambien,
»amen de una hermana viuda;
»acoto una de las tres,
»y espero que usted me elija
»la que más rabia le dé!
»Abur, afectos á todos
»y consérvese usted bien;
»su sobrino que le quiere...»
etcétera... ya lo ves...

RAM. El estilo no es selecto.

DIEGO. Mujer, no disputaré
que sea esta carta un
modelo.

RAM. No, no lo es
Acotar á mis dos hijas
y á mí acotarme tambien
como si fuera un terreno
para cultivar café,
no es muy cortés que digamos.

DIEGO. En verdad que no lo es,
pero el chico es comandante,
tiene viñas en Jerez,
y la que sea su esposa
lo puede pasar muy bien.

RAM. En fin, que venga y veremos;
si ese loco puede hacer
feliz á una de nosotras,
yo mucho me alegraré.

DIEGO. Supongo que aunque en su carta
él se refiere á las tres,
tú no pensarás, Ramona,
disputar ese doncel
á tus hijas...
RAM. Disputarlo,
de ningun modo...
DIEGO. Está bien.
RAM. Pero, hombre, si él se empeñara...
DIEGO. ¡Qué se ha de empeñar, mujer!
RAM. (Mi hermano me desespera!)
DIEGO. (Esta acaba en Leganés!)
Ya estoy deseando verle.
RAM. Recuerdo que siempre fué
tu sobrino predilecto.
DIEGO. Como nuestro hermano Andrés
murió dejándole niño,
y encargándome á mí de él,
y le eduqué, y él me tiene
mucho cariño tambien,
no es extraño que le quiera.
RAM. Es muy natural.
DIEGO. Lo es.
Diez años ha que marchó
y parece que fué ayer.
Entónces, bien lo recuerdo,
era alférez, y hoy ya es
comandante y quizá pronto
lo veas de coronel,
y á ese paso me parece
fácil que en un dos por tres
sea todo un general.
RAM. No es difícil.
DIEGO. ¡Qué ha de ser!
El muchacho es más valiente
que el Cid y que Hernan Cortés,
y sabe más que Merlin:
¿cómo no le han de ascender?

ESCENA II.

DICHOS, ELISA y FERNANDA, por la primera puerta izquierda. Elisa lleva en la mano un periódico.

ELISA. La guerra es cosa segura
ántes de que pase un mes.
La política europea,
cual otra nueva Babel,
toda es confusion; ya nadie
se entiende; más cada vez
se oscurece el horizonte,
y será imposible hacer
la luz más que á cañonazos;
porque como Prusia vé
que á su ambicion no se opone
más que el monarca francés,
y en cambio tiene á su lado
á Rusia y Victor Manuel,
imagínese usted, tio,
qué es lo que va á suceder.
DIEGO. ¿Qué sé yo?
ELISA. ¿No?
DIEGO. Ni me importa.
ELISA. ¡Qué indiferente es usted!
DIEGO. Suceda lo que suceda,
yo no lo he de componer,
y en politíca soy siempre...
ELISA. Ya sé, sacristan de amen.
FERN. Como en todo.
DIEGO. Lo que ahora
me interesa saber, es,
quién de vosotras desea,
—tu lenguaje adoptaré—
anexionarse á su primo
Enrique Mora y Teruel,
que hoy llega, con dos galones
y dos estrellas tambien,
pidiéndome á grito herido
mujer, mujer y mujer.
FERN. Tio, yo siempre estoy pronta

á casarme.

DIEGO. Ya lo sé.

ELISA. Yo no tengo inconveniente
como él me parezca bien.

DIEGO. Tú, bien puedes acordarte:
pues cuando de aquí se fué,
tenias ya veinte años...

ELISA. ¿Veinte años?

DIEGO. Y hace diez.

ELISA. ¿Es decir que tengo treinta?
Tio, eso no puede ser.

DIEGO. Bien, será lo que tú quieras.

ELISA. Voy á cumplir veintitres.

DIEGO. Corriente.

ELISA. Y de ahí no paso.

DIEGO. Opino que harás muy bíen.
Conque ¿te acuerdas de Enrique?

ELISA. Tengo una idea...

DIEGO. Lo ves?

ELISA. Mas ¿quién sabe si en diez años
hubo variacion en él?...
En ménos varió del todo
el mapa de Europa...

DIEGO. ¡Pues!
Pero como él no es un mapa,
no sé qué tiene que ver...

ELISA. En fin, cuando se presente
podré contestar á usted;
entre tanto, mantengamos
el *statu quo*.

DIEGO. Muy bien.
(¿Quién será ese caballero
que vamos á mantener?)

RAM. Llaman.

FERN. (Seré comandanta.)

ELISA. (Veremos que tal...)

DIEGO. Él es.

(Se dirige hácia la puerta del foro, donde aparecen Enrique en traje de camino, Pedro vestido de soldado de infantería, con chaqueta amarilla y gorra, llevando una maleta y un saco de noche. Juana, que viene como para anunciarles.)

ESCENA III.

DICHOS, JUANA, ENRIQUE, PEDRO.

JUANA. El señorito. (Desde la puerta.)
DIEGO. (Abrazándole.) ¡Sobrino!
ENR. ¡Tio! (Abrazando á D. Diego y á Doña Ramona.)
DIEGO. Aprieta, aprieta bien.
RAM. Tus primas. (Presentándoselas)
ENR. (Abrazando á las dos.) El abrazarlas
no es pecado.
FERN. ¡Qué ha de ser!
PEDRO. (Que ha dejado en el suelo el saco y la maleta, quedándose al lado de Juana, en segundo término.)
(¿Tú no eres prima, chiquilla?)
JUANA. No señor.
PEDRO. Lo siento.
JUANA. ¿Y qué?
ENR. ¿Sabe usted, tia Ramona,
que mis dos primas, no es
por alabarlas, mas son
dos pimpollos? Ya se ve,
de tal palo tal astilla,
porque usted... tembien usted
está fresca y guapetona.
RAM. Siempre serás de la piel
del demonio.
PEDRO. (En viendo faldas
pierde los estribos; pues,
lo mismo que yo, morena.
JUANA. ¡Qué gracia! ¿Tambien usted?)
ENR. Conque supongo que el tio
ya les habrá dicho que
estoy harto de patronas
y pienso tomar mujer.
RAM. Hombre, ya hablaremos de eso.
ENR. Bueno; pero el caso es
que me corre mucha prisa.
DIEGO. Ya lo arreglaremos.
ENR. Bien.
ELISA. (Me parece muy buen mozo.)

FERN. (Me gusta mi primo.)
RAM. (Él
es guapo y tiene talento.)
DIEGO. Lo principal, á mi ver,
es que trates á tus primas
y ellas te traten tambien,
para que ni tú ni ellas
la eleccion equivoqueis.
RAM. Lo primero es que nos trates
para que elijas despues
con pleno conocimiento.
DIEGO. (Ya se metió ella tambien.)
PEDRO. (Apostaria una oreja
á que le gustan las tres.)
FERN. Mi carácter es bien franco,
y así, primo, te diré
que no deseo ser monja
ni que me entierren con...
DIEGO. (Interrumpiéndole.) Bien.
Desde que has dado, Fernanda,
en la manía de hacer
comedias, piensas que siempre
estás haciendo un papel,
y hablas con un desparpajo...
ENR. ¡Cómo! ¿Declamas?
FERN. Sí á fe.
DIEGO. Bastante mal.
RAM. No por cierto.
DIEGO. Esa es mi opinion, mujer.
FERN. ¿Tú tambien declamas, primo?
ENR. Te diré: sólo una vez
me obligaron en la Habana
á encargarme de un papel.
Hicimos, ya se supone,
El Zapatero y el Rey.
Hacia de Zapatero
un alférez de Bailen,
y era doña Inés, la esposa
del teniente coronel,
y yo hacia el rey don Pedro.
PEDRO. (Á Juana.) (Y no se armó mal belen,
Por si don Pedro abrazaba

demasiado á doña Inés,
se mosqueó en un ensayo
el teniente coronel,
y á garrotazos primero,
y á cuchilladas despues,
aquella cuestion de historia
resolvieron mi amo y él.)

ENR. Y tú, Elisa, ¿representas?

ELISA. Se me figura que haré
en el teatro del mundo
con el tiempo algun papel.

ENR. ¡Hola! ¿Tú picas más alto?

ELISA. Si acaso aspiras á ser
mi marido, es necesario
que tus ocios de cuartel
dediques á la política,
pues yo me he propuesto hacer
á mi marido ministro,
y á un militar fácil es,
porque aquí domina el sable,
calzarse con el poder.

ENR. No piensas del todo mal.

ELISA. Al contrario; pienso bien.
Serás diputado, y luégo,
en llegando á coronel,
procurarás pronunciarte
un par de veces ó tres...

PEDRO. (Justo, pa que mos fusilen
á los dos. Vaya un placer!)

DIEGO. Basta ya de desatinos;
id á ver si disponeis
el almuerzo para Enrique.

RAM. Hasta luego.

(Vánse por el foro Doña Ramona, Elisa y Fernanda.

ENR. Hasta despues.
(Las dos primas son de encargo.)

DIEGO. Oye, Juana.

JUANA. Mande usted.

DIEGO. Dí á ese muchacho que entre
el equipaje.

JUANA. Está bien.
Vamos, militar. (Á Pedro.)

PEDRO. (Andando, (Bajo á Juana.)
mi reina... ¡Viva el aquel!)
(Carga con la maleta y el saco.)
ENR. (¡Es guapa!) (Mirando atentamente á Juana.)
PEDRO. (¡Cómo la mira!
¿á que le gusta tambien?)
(Vánse Juana y Pedro por la primera puerta derecha.)

ESCENA IV.

ENRIQUE, D. DIEGO.

DIEGO. ¡Caramba, qué guapo estás!
No te hubiera conocido.
Has crecido...
ENR. Sí, he crecido...
DIEGO. Y has engordado ademas.
ENR. Nada en ello hay que me asombre.
DIEGO. Ni á mí tampoco; de aquí
saliste un chiquillo, y
ahora vuelves hecho un hombre.
Y tanto más hombre, cuanto
que si tu plan no se trunca,
vas á casarte...
ENR. Sí.
DIEGO. Nunca
me he atrevido yo otro tanto.
Temiendo esa baraunda
de hijos, nodrizas, mujer,
renuncié al santo placer
que da la nupcial coyunda.
Hay siempre en el matrimonio
disgustos y azares fijos;
pero á quien Dios no da hijos,
da sobrinos el demonio.
Y yo, que siempre temí
el santo nudo apretar,
he tenido que educar
á tus dos primas y á tí.
Y á ésta carga no liviana,
todavía hay que añadir
el trabajo de sufrir

el carácter de mi hermana.
Que en bailes y en diversiones
su capital desmorona,
y aunque ya la ves jamona,
aun tiene sus pretensiones.

ENR. Así por distintos modos,
de todos la suerte ha sido,
el que usted se haya eregido
en providencia de todos.

DIEGO. Y vamos á ver, ¿tú estás
resuelto á casarte? Dí.

ENR. Para eso he venido aquí.

DIEGO. Me alegro. Muy bien harás.

ENR. Solteras están tambien
mis primas, y al presentarme,
vengo resuelto á casarme
con la que ustedes me den.

DIEGO. Ya que á vivir aquí vas,
justo es que en ellas te fijes,
y así libremente eliges
la que te acomode más;
y luego se harán las bodas
en paz y en gracia de Dios.

ENR. Si á mí me gustan las dos.

DIEGO. ¡Chico!

ENR. Á mí me gustan todas.
Dotado por mi desgracia
de un corazon sin segundo,
no encuentro, tio, en el mundo
mujer que no me haga gracia.
Vivo como un alma en pena,
amando hasta la locura,
de la rubia la ternura,
y la sal de la morena.
Con sus ojos me fascinan
á la vez, y me maltratan,
si son azules, me matan,
y si negros, me asesinan.
Nada me importa que sean
de las que rien ó lloran,
pues las altas me enamoran,
las pequeñas me marean;

y es mi mal tan sin remedio,
que tambien sé amar con creces
á las medianas, que á veces
estoy por el justo medio.
En fin, muchacha ó jamona,
ninguna mujer me asusta,
pues por gustarme, me gusta
hasta mi tia Ramona.
Y así mi amante deseo
no acierto á cumplir jamás,
pues la que me gusta más,
es la última que veo.

DIEGO. Vas á armar un somaten
con tus ideas malditas,
si te gustan las bonitas...

ENR. Mucho, y las feas tambien.

DIEGO. ¿Tambien?

ENR. Sí.

DIEGO. ¡Vaya una idea!

ENR. Hay algunas de un trapío!...
Vaya, usted no sabe, tio,
lo que es querer á una fea.

DIEGO. Yo soy nulo en esas cosas.

ENR. Ya le pondré yo al corriente;
pero tenga usted presente...

DIEGO. ¿Qué?

ENR. Que hay feas muy sabrosas.

DIEGO. Mas volviendo á nuestro asunto;
¿cómo te quieres casar,
con tal modo de pensar?

ENR. Porque he resuelto hacer punto.
Sin hacer caso á ninguna.
en cuanto se hagan mis bodas,
yo podré gustar de todas,
pero amaré solo á una.
De mí no se ha de quejar
mi mujer, á ello me obligo;
la que se case conmigo
tendrá un marido ejemplar.
Pero es necesario, tio,
que usted me elija mujer,
porque si yo he de escoger,

de seguro me hago un lio.
Pues por no ofender á Dios,
y no hacerlas faz á faz
un desaire, soy capaz
de quererlas á las dos.

DIEGO. Bien, yo las exploraré,
y si ofreces enmendarte
me comprometo á casarte.

ENR. Mucho lo agradeceré.

DIEGO. Pero no estará de más
que tú procures gustarlas,
y trates de conquistarlas
ya que tan práctico estás.

ENR. Bien, no quedará por mí.

DIEGO. Así su amor propio exaltas...

ENR. Corriente: torres más altas
he rendido por ahí.
Del amor á los reclamos,
cuando en regla se la embiste,
ninguna mujer resiste.

DIEGO. (¡Pues no es fátuo que digamos!)
Mas cuida de no decir,
si á quererlas te acomodas,
eso de: *Me gustan todas.*

ENR. Yo me sabré reprimir.

DIEGO. Bien.

ENR. ¿Mi cuarto es este?

DIEGO. Sí.

ENR. Pues voy á arreglarme un poco.

DIEGO. Como quieras. Este loco
(Váse Enrique, primera puerta de la derecha.)
va á darnos que hacer aquí.
Si sus instintos no tuerzo
no logra tomar mujer...
Por fin, voy adentro á ver
si tiene listo el almuerzo. (Váse foro.)

ESCENA V.

JUANA y PEDRO.

PEDRO. Salero, ¿va usté de prisa?

JUANA. No quiero perder el tiempo.
PEDRO. Gastarlo en oir á un hombre
pienso yo que no es perderlo.
JUANA. Abur.
PEDRO. Pare usté esos piés.
JUANA. ¿Y si digo que no quiero?
PEDRO. ¡Á que sí!
JUANA. ¿Qué tiene usté
que decirme? Vamos, presto.
PEDRO. ¿De dónde es usté?
JUANA. De Trillo.
PEDRO. Prenda, ¿dónde está ese pueblo?
JUANA. En la Alcarria.
PEDRO. ¿Usté es entónces
alcarreña segun eso?
JUANA. ¡Pues!
PEDRO. Paisana de la miel.
JUANA. Sí señor.
PEDRO. Mucho me alegro
porque yo soy tan goloso
que en viendo dulce, me vuelvo
una jalea, un merengue,
y si los dos lo entendemos,
usté miel y yo jalea,
no va á estar malo el jaleo.
JUANA. ¿Tiene usté gana de broma?
PEDRO. Figúrese usté, salero.
JUANA. ¿Qué tengo que figurarme?
PEDRO. ¿Cuándo sale usté á paseo?
JUANA. El domingo por la tarde.
PEDRO. Está bien; juntos saldremos.
Me convida usté á los toros,
yo la convido á buñuelos,
y si despues de esta broma
aun sobran unos cuartejos,
tomamos entre los dos
un café, y...
JUANA. ¡Usté está enfermo!
PEDRO. ¿Enfermo yo? No señora.
JUANA. Sí señor.
PEDRO. ¡Vaya un empeño!
JUANA. Enfermo de la cabeza.

PEDRO. ¡Cuando digo que estoy bueno!
JUANA. ¿Usted sabe quién soy yo?
PEDRO. Una moza de ojos negros
capaces de volver loco
á un san Antonio de yeso;
un montoncito de sal,
un cuerpo, que aunque le tengo
cariño á mi batallon
y ley á mi regimiento,
en cogiendo la licencia
siento plaza en ese cuerpo;
una hembra de caliá...
JUANA. ¡Eh! Poco á poco con eso.
Yo no soy hembra.
PEDRO. ¿Que no?
JUANA. No señor.
PEDRO. Mucho lo siento.
¡Qué lástima! Pues entónces
¿qué es usté, cara de cielo?
JUANA. Una señora que está
por casualidad sirviendo
de doncella.
PEDRO. ¿De doncella?
JUANA. De la casa.
PEDRO. Por supuesto.
JUANA. Pero en Trillo es otra cosa...
PEDRO. ¿Sí?
JUANA. Mi papá es fiel de fechos.
PEDRO. Pues mi mamá es estanquera
en Andújar, que es mi pueblo,
conque los dos somos hijos
de empleados del gobierno,
y lo que es tocante á clase
si usté es buena, yo soy bueno.
Y yo soy reenganchao
y yo tengo algun dinero,
porque como el pré en la Habana
es mayor que aquí, y aluego
el comendante solia
darme alguno que otro peso
en pago de mis servicios
en sus belenes y enredos,

y yo tengo un olivar...
JUANA. Y ¿á qué viene todo eso?
PEDRO. Á que si usté me quisiera,
vamos, yo me llamo Pedro,
y á fe de Pedro, los dos
podriamos con el tiempo,
pues, estrechar las distancias.
JUANA. Calle usté, que ya le veo
de venir. ¿Cumple usté pronto?
PEDRO. De aquí á un año.
JUANA. Mucho tiempo
es ese para echar planes.
PEDRO. Pues, morena, ¿qué remedio?
JUANA. Yo tengo ya pretendientes
que se casan al momento.
El zapatero de enfrente,
un meritorio sin sueldo
del menisterio de Hacienda,
que aunque ahora no tiene un céntimo
gasta levita y tal vez
llegue á menistro.
PEDRO. Lo creo;
menistro suelen llamar
al alguacil en mi pueblo.
JUANA. Conque así, cuando usté cumpla
lo que se ha de hacer veremos;
y si yo aun estoy soltera...
PEDRO. ¡Que viva la gracia!
ENR. ¡Pedro!
(Saliendo. Pedro queda cuadrado militarmente.)

ESCENA VI.

DICHOS, ENRIQUE.

PEDRO. ¡Mi comendante!
ENR. Muchacha!
JUANA. ¿Qué manda usted?
ENR. Te prevengo
por la cuenta que te tiene,
que si haces caso á ese necio
no te arriendo la ganancia.

JUANA. Muy bien.
PEDRO. Yo...
ENR. (Á Pedro.) Largo, y silencio.
Quédate tú.
(Á Juana, que hace ademan de marcharse con Pedro.)
PEDRO. (Lo de siempre.
Quiere lo suyo y lo ajeno.
Voy á soltarle á la tia
como quien le suelta un perro.)
(Váse por el foro.)

ESCENA VII.

JUANA, ENRIQUE.

ENR. Acércate, Manolita.
JUANA. No es mi santo san Manuel.
ENR. Bien, pues será otro cualquiera.
¿Cómo te llamas, mujer?
JUANA. Yo no me llamo, me llaman.
ENR. Corriente, lo mismo es.
JUANA. Juana Muñoz y Carranza...
ENR. Bien.
JUANA. Para servir á usted.
ENR. Pues mira, sí que me sirves.
Acércate.
JUANA. ¿Para qué?
ENR. Para darte un duro. (Saca una moneda.)
JUANA. (Tomándolo.) Venga.
ENR. Y un par de abrazos ó tres. (La abraza.)
JUANA. ¡Que grito!
ENR. Me gustas, chica.
JUANA. ¿Y eso qué tiene que ver?
ENR. Qué mano tienes tan mona;
(Quiere cogérsela.)
y debes tener un pie...
á ver...
JUANA. Estése usted quieto. (Huyendo.)
ENR. Tonta, déjate querer.
JUANA. Es usted muy atrevido.
ENR. ¿Yo?... No lo sabes tú bien.
¿Hácia dónde cae tu cuarto?

JUANA. Donde no le importa á usted.
El ama. (Entra Doña Ramona por el foro.)
ENR. Calla y desfila; (Bajo á Juana.)
ya me lo dirás despues. (Váse Juana.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, DOÑA RAMONA.

RAM. Aquí me tienes.
ENR. Corriente.
(Pausa. Enrique pasea distraido por la habitacion. Doña Ramona parece como que espera que la digan algo.)
RAM. Enrique, ya estoy aquí.
ENR. Lo veo.
RAM. ¿Qué quieres? Dí.
ENR. ¿Yo? nada.
RAM. Pues tu asistente
me ha dicho, no hace un instante,
que me tenias que hablar.
ENR. (¡Ya! La enviaba á estorbar...
Yo arreglaré á ese tunante.)
RAM. ¿Acaso ha querido Dios
que solo á la simple vista
de mis hijas, tu conquista
haga alguna de las dos?
Pues pienso, sobrino mio,
que aunque tambien me aludias
en tu carta, es que querias
chancearte con tu tio.
ENR. ¿Y por qué?
RAM. Ya soy jamona.
ENR. Esa no es una razon:
¿pues las jamonas no son
mujeres, tia Ramona?
Y usted se conserva fresca.
RAM. Mi hermano, en desdoro mio,
sostiene que no.
ENR. Mi tio
no sabe lo que se pesca.
RAM. ¿Conque tú opinas?...

ENR. ¿Pues no?
RAM. ¿Que aun puedo?...
ENR. ¿No ha de poder?
RAM. La mujer. .
ENR. Siempre es mujer.
RAM. Eso mismo digo yo.
(Le he flechado.) De manera
que no soy ningun vestiglo...
cincuenta...
ENR. ¡Pues! medio siglo...
Eso lo tiene cualquiera.
RAM. Tú, sin embargo, ya ves,
eres, no es culparte, no,
mucho más jóven que yo.
ENR. Porque he nacido despues.
RAM. Yo por tu bien me desvivo,
y por lo mismo te advierto
del peligro.
ENR. (Pues lo cierto
es que aún está de recibo.)
Nunca es viejo el corazon.
RAM. Y el mio con fuerza aquí
late aún.
ENR. Tia, y á mi
me gusta tanto el jamon!...
Las niñas son melindrosas,
desabridas; se disgustan
por todo, y á mí me gustan
las mujeres pegajosas.
Las chicas piensan que es crímen
amar, las jamonas ¡oh!
miman á su esposo, y yo
lo que quiero es que me mimen.
RAM. (Al cabo pesqué un marido!)
ENR. Así al tratar de elegir
quizá llegué á decidir...
RAM. (¡Ay! aún no está decidido.)
ENR. De la eleccion la batalla
hoy me propongo aquí dar.
RAM. Tú lo debes meditar.
FERN. ¡Mamá! (Dentro.)
RAM. Son tus primas, calla.

ESCENA IX.

DICHOS, ELISA y FERNANDA.

FERN. Te van á dar de almorzar
al momento, primo mio,
y bien, porque está allí el tio
que á nadie deja parar.
Todo le parece poco
para tí, estoy aturdida,
y temo que tu venida
le cueste volverse loco.

ENR. ¡Pobre señor! Siempre fué
tan bondadoso conmigo
que por mi mejor amigo
le he tenido y le tendré.

FERN. ¿Conque vienes á casarte?

ENR. Pienso lograr ese bien,
si hoy no me envia mi desden
con la música á otra parte.

FERN. ¡Desden! ¡Palabra inportuna!
Alguna muchacha, es obvio,
suele desechar á un novio,
pero á un marido, ninguna.

ELISA. Esto no puede aguantarse.

RAM. Niña, ten moderacion.

FERN. Si todas sin excepcion
rabiando están por casarse.
Yo soy franca, la verdad
no es pecado.

ELISA. Tu franqueza
va ya rayando en simpleza,
y en falta de dignidad.

ENR. No hay razon para reñir. (Á Elisa.)
¿Conque todas quieren bodas? (Á Fernanda.)

FERN. Sí, primo, y yo más que todas:
¿por qué no he de decir?

RAM. Fernanda, me falta calma
para oirte.

ELISA. Á mí tambien.

FERN. Corriente; soy muda.

ELISA. Amen.
ENR. (Lo que es la chica habla al alma.)
Déjenla ustedes hablar:
aquí nadie la ha de oir;
y ¿por qué no ha de decir
su manera de pensar?
ELISA. Si no tiene diplomacia
pronto una mujer se humilla.
ENR. (Lo siento; es que la chiquilla
me está haciendo mucha gracia.)
ELISA. No ha de mostrar la mujer
sus deseos de improviso,
pues, á mi juicío, es preciso
que sepa hacerse valer.
Rendirse sin batallar,
en ningun caso conviene,
que en poco aprecio se tiene
lo que es fácil de lograr.
Y aunque sea el himeneo
el norte de su ambicion,
no cumple á su condicion
demostrar ese deseo.
Pues la que así lo demuestra,
aunque no llegue á decirlo,
se expone á no conseguirlo.
ENR. (Vamos, esta es más maestra.)
ELISA. Cuando algun hombre de peso,
ó tal vez un calavera,
se propone hacer carrera
figurando en el Congreso,
¿quién que entienda ese registro,
dice al elector taimado:
«hágame usted diputado,
porque quiero ser ministro?»
Nadie, el público interés
sólo le saca del ocio...
le eligen, y su negocio
hace, si puede, despues.
De estos ejemplos, hay ciento
que es conveniente imitar.
ENR. (Pues no se puede negar
que Elisa tiene talento.)

Prima, admirado te escucho.
Sabrás defenderte.

ELIAS. Sí.

ENR. (¡Cómo me gustan á mí
las que se defienden mucho!)

FERN. Saber ménos no me pesa.

RAM. Fernanda, ¿quieres callar?

FERN. Corriente, no vuelvo á hablar.

ESCENA X.

DICHOS, JUANA.

JUANA. (Desde la puerta del foro.)
El almuerzo está en la mesa.

RAM. Vamos. (Las tres señoras se dirigen al foro.)

ENR. (Ya las idolatro;
mas si ahora mi apuro es
que, de fijo, entre las tres
voy á elegir á las cuatro.)

(Vánse todos por el foro. Cae el telon.)

Telon

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ELISA, ENRIQUE.

ELISA. Y ¿á qué partido te inclinas?
ENR. Á mí lo mismo me da.
ELISA. Creo que debes hacerte
conservador-liberal.
ENR. Y ¿qué es eso? Porque yo
confieso mi nulidad,
soy poco fuerte en política.
ELISA. Pues ese partido está
entre dos aguas, comprendes?
ENR. Entre dos aguas?
ELISA. Sí tal:
no quiere ir muy adelante
ni tampoco muy atrás.
ENR. Pues en echándose á un lado
zanja la dificultad.
ELISA. Conservador si conviene,
si conviene liberal,
es...
ENR. Ni carne ni pescado.
ELISA. Mas se puede en él medrar,

porque como en sus doctrinas
hay esa elasticidad,
el dia que te acomode
te llamas ministerial,
y luego que hayas pescado,
con la oposicion te vas,
para pescar cuando llegue
la oposicion á mandar.

ENR. Pero tú quieres que sea,
hablemos con claridad,
pescador ó diputado?

ELISA. Las dos cosas á la par.
Por supuesto, primo mio,
que en el Congreso hablarás.

ENR. Sí, daré los buenos dias.

ELISA. No es eso.

ENR. La urbanidad...

ELISA. Has de pronunciar algunos
discursos.

ENR. Yo?

ELISA. Claro está.

ENR. Chica, me dará vergüenza,
temeré disparatar.

ELISA. Si ese temor contuviera
á los españoles, ya
no sabriamos qué hacer
de la lengua.

ENR. Eso es verdad.

ELISA. Conque quedamos conformes.

ENR. Tienes un talento tal,
que oyendo tus argumentos
yo no sé qué contestar.
Hablaré cuando discutan
la ordenanza.

ELISA. Nada más?

ENR. Ú otra cosa que yo entienda.

ELISA. Tambien es preciso hablar
de lo que no entiendas.

ENR. Cómo?

ELISA. Allí mismo aprenderás.
Si estás en la oposicion
atacas sin caridad

al ministerio; cuanto haga
ha de parecerte mal;
dí que nos lleva á un abismo,
que se debe retirar
y dejar el puesto á otro
más dichoso, y ya verás
cómo aplauden los cesantes
que en las tribunas están,
y la prensa independiente
te felicita ademas.
Si en vez de oposicionista
te hicieras ministerial,
con decir que la nacion
rabiando de gusto está
desde que tiene un gobierno
tan sabio y tan paternal,
y aplaudir todos sus actos
ya no necesitas más...
Esto no produce elogios
ni da popularidad,
pero tiene la ventaja...

ENR. De que se puede pescar.
Por fin seré diputado,
ya que tu empeño es formal,
y allí diré... de seguro,
alguna barbaridad.

ELISA. Si yo pudiera inspirarte...

ENR. Corriente, tú me dirás
lo que he de decir, y yo
no tendré más que ir allá
y encajárselo, diciendo:
«Señores, todo va mal,
pero mi mujer opina
que se podia arreglar
haciendo en tal ó cual cosa
esto ó lo de más allá.»

ELISA. Hombre, no; si dices eso
todos se te reirán.

ENR. Yo le romperé el bautismo
al que se ria.

ELISA. Ademas,
que yo no puedo inspirarte .

lo que hayas de replicar,
si al acabar tu discurso,
álguien, como es natural,
se levanta á contestarte
y dice sin más ni más:
«Lo que propone el señor
que se acaba de sentar,
sobre ser un disparate
es una inmoralidad.»
Y encarándose contigo
con altanero ademan
añade: «Usía no sabe
de la misa la mitad,
ó si la sabe se calla
porque así le convendrá.»

ENR. Verás al que diga eso
qué pronto le hago callar
rompiéndole una quijada.
Hombre; no faltaba más.

ELISA. Eso no es parlamentario.

ENR. Corriente, no lo será,
pero es lo que pienso hacer
si me falta un perillan,
aunque me echen del Congreso
y no vuelva en él á entrar.
Pero hablemos de otra cosa.

ELISA. (Él se civilizará.)

ENR. Qué guapa estás, prima mia!
Tienes un aire así, tan...
pues... y un aspecto de reina,
y si he de decir verdad,
me inspiras tú más respeto
que un capitan general.

ELISA. De veras?

ENR. En las mujeres
me gusta la majestad,
y lo que es á majestuosa
muy pocas te ganarán.

ELISA. Con tal de que siempre opines
lo mismo.

ENR. Pues claro está.

ELISA. Es que segun mis noticias,

no es la constancia en verdad,
la virtud que más te abona.
ENR. Pues te han informado mal.
Yo he tenido trapicheos,
algunos, muchos quizá...
qué demonio!... Sois tan guapas
las mujeres, que no hay
manera de... pues! me explico?
mas nunca he llegado á amar,
y eso que mi corazon
no es corazon, es volcan.
Pero ahora ya es diferente,
ahora me quiero casar,
y cuando seas mi esposa
pronto te persuadirás
de que yo para marido
soy una ganga.
ELISA. Ojalá.
ENR. No tengas duda ninguna.
ELISA. Dios lo quiera.
ENR. Ya verás.
Lo urgente es que nuestra boda
no se haga mucho esperar.
ELISA. Si estás decidido, yo
se lo diré á la mamá.
ENR. Y yo se lo diré al tio,
y todos se alegrarán.
ELISA. Te dejo.
ENR. Cómo! Te marchas?
ELISA. Tengo que hacer.
ENR. Bien está.
ELISA. Luego volveré. (Váse por la izquierda.)
ENR. Hasta luego.
Me gusta Elisa, no hay más.

ESCENA II.

ENRIQUE, á poco JUANA.

ENR. Pues, señor, esta muchacha
me parece que será
mi esposa, aunque para ello

tenga que disparatar
en el Congreso, y me silben
hasta los bancos. ¿Quién vá?

(Entra Juana con un plumero en la mano.)

JUANA. Dispense usted, señorito,
si le vengo á incomodar.

ENR. Tú no me incomodas nunca.

JUANA. Mas la señora, quizá
no sabiendo que usté estaba
aquí, me envia á limpiar.

ENR. Pues limpia, y no te des prisa,
ni te ocupes de mí ¿estás?

(Juana va sacudiendo los muebles, dejando su tarea de cuando en cuando para tomar parte en el diálogo, segun crea conveniente el director de escena.)

Que yo estaré embelesado,
viendo tu garbo y tu sal,
y si quieres que te ayude,
dímelo sin cortedad.

JUANA. Muchas gracias.

ENR. Gracias? Gracia,
la que tú haciéndome estás.

JUANA. Ya empieza usted?

ENR. Pues es claro,
yo soy quien debe empezar.

JUANA. Tiene usté unas cosas!

ENR. Vaya!
que te digo la verdad,
me gustas...

JUANA. Pues ni que fuera
una señorita.

ENR. Bah!
¿Quién hace caso de clases?
En el comer y el amar
soy muy demócrata, mucho.

JUANA. Sí?

ENR. Pues no faltaba más...
Ay, muchacha!... Lo que he visto!...

JUANA. Qué ha visto usté?... Acabará?

ENR. Un pie revolucionario...

JUANA. Vaya, déjeme usté en paz.

ENR. Mientras tú me muevas guerra

con esos ojillos tan
alarmantes, tan pícaros,
en vano la pedirás.
Por dónde se va á tu cuarto?

JUANA. No es muy difícil llegar,
en pasando por delante
del cura y del sacristan.

ENR. Ne me gusta dar rodeos.

JUANA. Pues otro camino no hay.

ENR. (La chica es dura de boca;
pero ya se ablandará.)
Voy á comprarte ahora mismo
unos pendientes, verás...

JUANA. (En el tomar no hay engaño.)

ENR. Adios.
(Toma el sombrero, que al salir dejó sobre una silla, y váse.)

JUANA. (Es loco de atar.)

ESCENA III.

JUANA, á poco PEDRO.

JUANA. Caramba, que el señorito
es una alhaja de precio,
No hace más que verla á una
y sin decir... ahí va ese,
se toma unas libertades...

PEDRO. (Saliendo por la derecha.)
Olé! que viva el salero!

JUANA. (Este es otro que bien baila.)

PEDRO. Dios te guarde, cuerpo bueno.
Bendito sea tu garbo!

JUANA. Oiga usté, señor don Pedro.

PEDRO. Mi señora doña Juana,
soy todo orejas.

JUANA. Me alegro.
¿Ha comido usted conmigo
en algun bodegon?

PEDRO. Y eso,
á qué viene?

JUANA. Como usté

me ha apeado el tratamiento.
PEDRO. Perdone su majestad,
no habia caido en ello.
JUANA. No soy reina todavía.
PEDRO. Puede usté llegar á serlo:
ya es princesa de la escoba
y duquesa del plumero.
JUANA. Usté será rey del rancho.
PEDRO. Á mucha honra, mi cielo.
Sirvo á la patria y al rey
y ya soy soldado viejo.
Senté plaza hace once años,
pero sin opcion al premio,
que yo me engancho de balde,
¿se entera usté? no me vendo.
Como me vieron buen mozo
me echaron á fusileros,
y allí mondando patatas
pasé no sé cuánto tiempo.
Entónces el señorito
era capitan, y viendo
mis buenas prendas, un dia
fué y me dijo, dice: «Pedro,
tú me pareces un pillo
de marca mayor.—Es cierto,
mi capitan.—Pues si quieres
ser mi asistente.—Al momento.»
Y nada, me fuí con él,
y estamos como queremos;
yo le cepillo la ropa,
yo se la coso si puedo,
le llamo si hay ejercicio,
yo le cuido si está enfermo,
yo si, por casualidad,
me da una carta, la llevo
y se la entrego á una moza
sin que se entere ni el viento,
y de estas casualidades
hay una al dia lo ménos.
En cambio como pan blanco,
el rancho jamás lo pruebo,
me guardo intacto mi pré,

me fumo algun coracero,
y el comandante ademas
suele largarme algun peso,
y tambien de vez en cuando
un puntapié pa recuerdo.
En fin, que yo soy su padre,
su mujer y su doncello;
y cuando en Santo Domingo
lo hirieron aquellos negros
condenaos, lloré más agua
que tiene la mar, salero.
Conque si soy rey del rancho
á mucha honra lo tengo.

JUANA. Pues es lástima que ahora
pierda usté tantos empleos.

PEDRO. Explíquese usté, mi reina;
por qué tengo que perderlos?

JUANA. Si el señorito se casa.

PEDRO. Quiá!

JUANA. Pues tratando está de eso.

PEDRO. Cuando yo digo que no.

JUANA. Lo veremos.

PEDRO. Cabalmente ahora no tiene
que yo sepa, trapicheo,
y no sabiéndolo yo,
claro, no puede tenerlo.

JUANA. Le tiene á usté que dar parte?

PEDRO. Sí señora.

JUANA. Pues yo apuesto
á que alguna de las primas
se casa con él.

PEDRO. Salero,
qué ha dicho usté? Conque son
las primas?... Malo me he puesto...
Eso me pone en cuidao,
porque si hay plan de por medio
y los tios y las primas
lo jalean con acierto,
como él es tan querencioso
no es muy difícil cogerlo.
Pero estando yo á su vera

sabré librarlo del riesgo,
aunque me dé una paliza
que me ponga como nuevo.

JUANA. Pero, y á usté qué le importa
que esté casado ó soltero?

PEDRO. Él no se mete conmigo
porque siempre está contento,
casado es lo más probable
que no tenga un dia bueno,
si yo pago los disgustos
no me va á quedar ni un hueso,
y ahí tiene usted explicao
por qué le quiero soltero.

JUANA. Alguien viene.

PEDRO. El comandante.

ENR. (Á Pedro)
Qué haces tú aquí?

PEDRO. Me voy. (Váse foro.)

ENR. Bueno.

ESCENA IV.

JUANA, ENRIQUE.

ENR. (Saca un estuche en el que hay unos pendientes.)
Aquí tienes lo ofrecido.

JUANA. Unos pendientes?

ENR. Sí tal.
(Tomando el estuche y guardándolo despues de mirar los pendientes con complacencia.)

Juana) Mil gracias.

ENR. Con esa sal
me tienes, Juana, perdido.

ENR. Sí?

ENR. Mi pecho es una fragua,
y cada vez que te veo
ardo más en mi deseo...

JUANA. Si arde usté, le traeré agua.

ENR. No es eso; por tí me abraso.

JUANA. Pues agua, eso es lo mejor.

ENR. Siento á tu lado un calor
y un...

JUANA. Bastará con un vaso?
ENR. Eres, chica, la doncella
más guapa que he visto yo.
Dame un par de abrazos.
JUANA. No.
ENR. Sí.
JUANA. Traeré la botella.
ENR. Ese desden ya me ultraja.
JUANA. Se irrita usted?
ENR. No me irrito,
pero en fin, yo necesito...
JUANA. Ya lo veo, la tinaja.
ENR. (Persiguiendo á Juana. Esta huye.)
Mi corazon impaciente
late por tí, aunque te asombre.
JUANA. (Vaya, está visto, á este hombre
hay que echarle en una fuente.)
ENR. Con que basta de desden.
Un abrazo.
JUANA. Que no he dicho.
ENR. Muchacha, si es un capricho.
JUANA. Pues que usté lo pase bien.
(Enrique quiere cogerla, pero Juana logra salir por el foro.)

ESCENA V

ENRIQUE.

ENR. Lances he visto infelices;
pero jamás me ha pasado,
que me hayan así dejado
con un palmo de narices.
Aceptó lo que la dí,
y es fuerza que ahora la diga
que el que toma á dar se obliga,
y ella nada me dió á mí.
Con desaire tan enorme
yo no me trago el resuello,
está interesado en ello
el honor del uniforme.

ESCENA VI.

DICHO, FERNANDA.

FERN. Hola, primo, cómo va?
ENR. Muy bien desde que te veo.
FERN. De veras?
ENR. Sólo deseo
estar contigo.
FERN. Já! já!
ENR. Lo dudas?
FERN. Pues cómo no?
ENR. Permíteme que me asombre;
dónde encontrarás un hombre,
prima, más formal que yo?
FERN. No pienses hacerme el bú
con esa voz.
ENR. Te incomodas?
FERN. Ya sé que te gustan todas.
ENR. Pero más que todas, tú.
FERN. Á cuántas has dicho hoy
lo mismo? Á diez, de seguro.
ENR. Á ninguna, te lo juro.
FERN. Casi por creerte estoy.
ENR. Y harás, Fernanda, muy bien;
el amor que por tí siento
no es capricho del momento
digno sólo de desden,
es incendio abrasador
que en mi pecho endurecido
tus ojos han encendido.
FERN. Pero es incendio ó amor?
ENR. Amor que abrasando está.
FERN. Mucho me aflige quemarte.
ENR. Mi aspiracion es gustarte.
FERN. Pues á mí me gustas ya.
Sé que mil intrigas fraguas
por cuantas llegas á ver,
y eres capaz de querer
á una escoba con enaguas.
ENR. Contra esa opinion protexta

mi cariño.

FERN. No te asombres;
yo gusto de que los hombres
tengan el alma bien puesta.
Sé que es tu pecho un abismo
donde caben cien pasiones,
pero á llevar pantalones
yo hubiera sido lo mismo.
Y aunque te parezca extraña
mi manera de pensar,
yo me he propuesto ganar
á mi marido en campaña.
Mi ventura no se encierra
en un tranquilo reposo,
y mi genio bullicioso
prefiere á la paz la guerra.

ENR. Embelesado te escucho,
prima mia, y no te asombre,
mas te juro por mi nombre
que me estás gustando mucho.
Ya que te gusta luchar,
á complacerte me obligo,
y casándote conmigo
guerra no te ha de faltar.

FERN. Amiga de la alegría
soy y me propongo ser.

ENR. Yo en el hombre y la mujer
detesto la hipocresía.
Y pues tan de acuerdo estamos,
opino que nos casemos
y felices viviremos.

FERN. Pues que tú lo quieres, vamos.

ENR. Bendito sea tu nombre:
no ya un abrazo, te diera
cincuenta si me atreviera.

FERN. Pues anda, atrévete, hombre.

ENR. (Abrazándola.)
Á tí sola juro amor.
(En el momento de abrazarla, aparece D. Diego en la puerta del foro.)

ESCENA VII.

DICHOS, D. DIEGO.

DIEGO. Qué veo, sobrino mio?
Muy bien, señorita!
FERN. Tio,
si nos vamos á casar.
DIEGO. Enrique!
ENR. Tio, la arenga
le ruego á usted que suprima;
es cierto, quiero á mi prima.
DIEGO. (Á Fernanda.)
Dile á tu madre que venga.
FERN. No haga usted una perfidia.
DIEGO. Pero vas hoy ó mañana?
FERN. Voy. (Lo siento por mi hermana
que se va á morir de envidia.) (Váse.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, D. DIEGO.

DIEGO. Conque ya está decidido?
ENR. Sí, tio.
DIEGO. Piénsalo bien.
ENR. Me caso con ella.
DIEGO. Amen.
ENR. Hubiera usted preferido
que fuera Elisa quizás
la elegida?... Pensé en eso,
pero le temo al Congreso
y esta me conviene más.
La otra es guapa, hay que ser justos,
pero esta me ha hecho tilin,
y dice un refran que al fin
nada se ha escrito de gustos.
Fernanda, aunque escandalice,
dice todo lo que piensa,
y su hermana, no es ofensa,
piensa todo lo que dice.

Y en el conyugal abismo,
si no hay franqueza y candor,
se expone uno á lo mejor,
tio, á romperse el bautismo.

DIEGO. Dices bien, y en tu lugar,
pienso que hubiera elegido
como tú.

ENR. Y hubiera sido
sin duda alguna acertar.

DIEGO. Pero yo ahora temo...

ENR. Qué?...

DIEGO. Que tal vez de aquí á un instante,
tu carácter inconstante...

ENR. No, tio, no tema usté.

DIEGO. Y si despues de casado,
siguen gustándote todas,
verás qué mal te acomodas
con el conyugal estado.

ENR. Aunque me echen el anzuelo,
yo no lo pienso morder,
pues quiero que mi mujer
tenga un marido modelo.

DIEGO. Dios lo quiera.

ENR. Sí, señor.

DIEGO. Pues á mi hermana hablaremos,
y todo lo dispondremos.

ENR. Cuanto más pronto mejor.

(Entra Juana con un florero en la mano, lo coloca sobre una consola, de modo que Enrique repare en ella; mientras sigue hablando D. Diego, y vuelve á salir por el foro.)

DIEGO. Vencer los inconvenientes
del parentesco, algo cuesta.

ENR Vuelvo, tio... (Lo que es esta
me va á pagar los pendientes.)
(Váse por el foro.)

ESCENA VIII.

D. DIEGO, luego DOÑA RAMONA.

DIEGO. Tiene muy buen corazon,

y aunque es algo calavera,
tal vez Fernanda con él
logrará vivir contenta.

RAM. Me has llamado, Diego?

DIEGO. Sí.
Nuestro sobrino se empeña
en casarse.

RAM. Y hace bien,
pues ya pasa de los treinta,
y á esa edad, un hombre solo
está mal.

DIEGO. Si no me dejas
acabar, es excusada
tu venida.

RAM. Pues empieza.

DIEGO. Por esas mismas razones,
que en pró del consorcio alegas,
ó por otras que al presente
aquí no nos interesan,
él quiere tomar estado,
y tiene ya eleccion hecha.

RAM. Lo sé.

DIEGO. Lo sabes, hermana?

RAM. Y lo apruebo.

DIEGO. Si lo apruebas,
no hay que hablar.

RAM. Daré á mis hijas
un hombre que las defienda,
que cuide sus intereses,
que su juventud proteja,
un padre, en una palabra.

DIEGO. Un padre?

RAM. Aunque no lo sea,
quiero que de tal les sirva,
y que como tal las quiera.

DIEGO. Á las dos lo mismo?

RAM. Sí.

DIEGO. Pero Ramona, qué intentas?

RAM. Lo más natural del mundo.

DIEGO. Hermana, tú estás enferma.
Quieres tomar un marido
para las dos?

RAM. Qué simpleza!
El marido es para mí.
DIEGO. Ya!
RAM. Y el padre para ellas.
DIEGO. Cuando digo que estás loca!
RAM. Pues estoy cuerda, y muy cuerda.
DIEGO. Pero si él ama á Fernanda:
me lo ha dicho.
RAM. No lo creas.
DIEGO. Y hace un momento que aquí
le ví abrazado con ella.
RAM. Un abrazo paternal,
eso lo haria cualquiera.
DIEGO. Qué paternal ni ocho cuartos!
un abrazo en toda regla.
RAM. Él me dijo esta mañana
que quizá se decidiera
por mí, que estoy fresca aun.
DIEGO. Pues con efecto, estás fresca.
Él se entiende con Fernanda,
ella no se hace de pencas,
y entre los dos te harán pronto
mamá suegra.
RAM. Mamá suegra?
Todo esto es intriga tuya.
DIEGO. Vaya, no digas simplezas.
Yo no he sabido una jota
hasta que ha poco, él y ella
me han encargado que arregle
su casamiento.
RAM. Insolencia
más grande...
DIEGO. Mujer, no creo...
RAM. Qué importa que tú no creas?
Á Enrique no le conviene
esa boda...
DIEGO. Mas observa,
que dice...
RAM. Fernanda es
todavía una chicuela.
DIEGO. Ese no es defecto, peor
seria que fuese vieja.

RAM. Él tampoco tiene juicio.
DIEGO. Ya lo tendrá.
RAM. Es un tronera.
DIEGO. Para casarte con él
no reparabas en esa
tacha.
RAM. Porque suponia
que acaso con mi experiencia
llegará un dia...
DIEGO. De fijo,
en que agarrara una cuerda
y se ahorcara por no verte.
RAM. Diego, no me insultes, piensa
en que soy una señora.
DIEGO. Soy tu hermano y mi franqueza
es prueba de mi cariño
y de ningun modo ofensa.
RAM. Yo me siento mal.
DIEGO. Por Dios,
si te da la pataleta
vienen tus hijas, y gracias
á la simpatía eterna
de los nervios, vais las tres
á bailar la tarantela.
Conque á ver, sé racional,
Ramona, una vez siquiera
en tu vida, que no es mucho.
Locas pretensiones deja,
y si los chicos se quieren
tan sólo en ser madre piensa;
y déjalos que se adoren
y se casen norabuena.
RAM. Yo me he de vengar de Enrique,
pues conmigo no se juega.
DIEGO. Pero, mujer, si lo casas,
qué más venganza deseas.
Ya te vengará tu hija.
RAM. Voy á mandarlas que vengan.
Fernanda! Elisa! (Llamando.)
DIEGO. (Veremos
cómo concluye esta gresca.)

ESCENA IX.

DICHOS, ELISA y FERNANDA.

ELISA. (Sale disputando con Fernanda.)
Él me ha dicho que me ama.
FERN. No sabes lo que te pescas;
á quien él ama es á mí.
ELISA. No es posible.
FERN. Soy tan fea?
ELISA. Tienes, hija, demasiado
obtusa la inteligencia.
FERN. Para amar á su marido
y educar á lo que venga,
no hace falta á una mujer
el haber ido á la escuela.
RAM. Vamos á ver si te callas.
DIEGO. Á ver si teneis prudencia.
RAM. Fernanda, el tio me ha dicho
que quieres á ese tronera.
FERN. Si ese tronera es Enrique,
es mucha verdad.
ELISA. (Coqueta!)
FERN. Y él tambien me quiere á mí.
ELISA. Mas contra ese amor protesta
mi derecho.
FERN. Que proteste.
Yo, con tal de que él me quiera...
ELISA. Me ha jurado ser mi esposo.
DIEGO. Pero luego habló con esta...
FERN. Y le habré gustado más.
ELISA. Presumida!
FERN. Bien lo prueba
cuando ha pedido mi mano.
DIEGO. Es verdad. Á eso no hay réplica;
hace poco me encargó
que todo lo dispusiera
para la boda.
ELISA. (Á Doña Ramona.) Supongo
que usted no dará licencia...
DIEGO. Supones mal, la dará...

ELISA. Es posible?
RAM. Si se empeñan,
la daré aunque con disgusto.
DIEGO. Lo creo.
RAM. Cedo á la fuerza.
FERN. Hermana, á la fuerza ahorcan.
ELISA. Mas la Encíclica condena
de los hechos consumados
la teoría moderna.
Así lo dice el *Syllabus*,
Balzac y Santa Teresa.
FERN. Lo que todos esos dicen
es que tú eres una necia.
ELISA. No me insultes.
RAM. Haya paz.
DIEGO. Vamos, Fernanda, prudencia.

ESCENA X.

DICHOS, JUANA, por el foro, poniéndose la mantilla.

JUANA. Señora, perdone usted.
RAM. Qué quieres, Juana?
JUANA. Mi cuenta.
DIEGO. Y por qué?
JUANA. Porque me marcho...
Porque soy honrada, ea,
y está desde esta mañana
en peligro mi inocencia.
RAM. Habla, Juana.
JUANA. El señorito
ni á sol ni á sombra me deja,
y dale con que soy guapa,
y vuelta con que: «me quema
la lumbre de esos ojuelos,
que parecen dos estrellas;»
y como que... es un decir...
vamos que una no es de piedra,
y él es guapo, mejorando
lo presente.
DIEGO. Gracias.
RAM. Esa

debe ser aprension tuya.
FERN. Es claro, Juana, no temas.
JUANA. Tiene capricho por mí.
ELISA. Eso es imposible.
RAM. Sueñas.
JUANA. Y por qué? No tengo cara
lo mismo que otra cualquiera?
DIEGO. Es cierto; mejor que muchas
FERN. Usté tambien la requiebra?
ELISA. Y Enrique tiene mal gusto,
muy malo. (Juana me venga.)
FERN. Desvergonzada! Insolente!
ELISA. Fernanda, conten la lengua.
FERN. No quiero.
RAM. Niñas!
DIEGO. Muchachas!
FERN. Envidiosa!
ELISA. Zalamera!
RAM. Ay! que me da el accidente.
(Cae desmayada.)
DIEGO. Nos cayó la casa acuestas.
ELISA. Á mí tambien. (Cae desmayada.)
DIEGO. Y van dos.
FERN. Socorro! (Id.)
JUANA. Broma completa.
DIEGO. Agua! vinagre! aguarrás!
Cualquier cosa!
JUANA. Voy.
(Váse por la puerta lateral.)
DIEGO. De priesa.

ESCENA XI.

DICHOS, ENRIQUE y PEDRO, por el foro. Despues JUANA.

ENR. Adios! ya pareció aquello.
DIEGO. (Á Enrique.)
Mira tu obra.
PEDRO. Santa Tecla!
Como se mueran las tres
de fijo vamos á Ceuta.
(Sale Juana con un pomo de esencias, que hace oler

á Elisa. D. Diego abanica á doña Ramona con un periódico que toma de encima de la mesa: Enrique á Fernanda con el faldon de la levita. Pedro permanece asombrado en medio de la escena. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, sentado y pensativo.

Nada, soy un beduino,
un cafre, un moro de rey;
hoy he llegado á esta casa,
y parece que tambien
las siete plagas de Egipto
hayan llegado, eso es.
Y la verdadera plaga,
la plaga horrible y cruel,
es mi carácter, soy yo,
que no me sé contener,
y en viendo faldas, *envido*
como dos y una son tres.
La doncella se despide,
porque teme... no sé qué,
y mi tia se desmaya,
y mis dos primas tambien,
y mi pobre tio al verlas
apenas sabe qué hacer,
y yo no acierto tampoco
á salir de esta Babel.

Yo quiero casarme... es claro,
pero ¿con cuál?... no lo sé.
La Fernanda me hace gracia,
y la Elisita tambien,
y hasta á mi tia la encuentro
así... cierto no sé qué.
Dios mio! quién fuera moro
para cargar con las tres,
y resolver la cuestion
de este modo, pronto y bien!

ESCENA II.

DICHO, PEDRO, por el foro.

PEDRO. (Con la gorra en la mano.)
Mi comandante.
ENR. Qué quieres?
PEDRO. Vengo con todo el aquel,
á que me haga usté el favor
de pegarme un puntapié.
ENR. Anda, vete enhoramala;
no estoy para bromas.
PEDRO. Si es
que hablo de veras.
ENR. Desfila.
PEDRO. Vamos, péguemelo usted.
(Volviéndose como para recibir un puntapié.)
ENR. Y por qué?
PEDRO. Porque conozco
que lo voy á merecer.
ENR. Pues si lo mereces, Pedro,
puede suceder muy bien
que vengas buscando uno...
PEDRO. Y me lleve cinco ó seis?
No me importa, ántes de mucho
me los va á pegar usté.
ENR. Pero, hombre, por qué ese empeño?
PEDRO. Porque le tengo á usté ley,
y le veo á usté en peligro,
y quiero salvarle... pues!
ENR. Y para eso es necesario?...

PEDRO. Que me dé usté un puntapié.
(Disponiéndose á recibirlo, lo cual puede repetir siempre que dice á su amo que le pegue, si el actor ve que produce buen efecto.)
ENR. Pues allá va. (Le da un puntapié.)
PEDRO. Muchas gracias.
ENR. Quieres otro?
PEDRO. Basta.
ENR. Bien.
PEDRO. Ahora voy, mi comandante,
con el permiso de usté,
á faltarle á usté al respeto.
ENR. Bergante!
PEDRO. Ese es mi deber,
y por si á usté le parece
que acaso me excedo en él,
puede usté pegarme á cuenta
unos cuantos puntapiés.
ENR. Habla.
PEDRO. Juanita me ha dicho
que usted...
ENR. Acaba.
PEDRO. Que usted...
Me va usté á romper el alma.
ENR. Si no acabas, puede ser.
PEDRO. Pues me ha dicho... no me atrevo ..
deme usté otro puntapié,
á ver si así tomo brios,
y concluyo de una vez.
ENR. No me tientes la paciencia.
PEDRO. Pues me ha dicho...
ENR. Vamos, qué?...
PEDRO. Que usté pensaba casarse.
ENR. Toma, pues ha dicho bien.
PEDRO. Conque es verdad?
ENR. Es verdad.
Mas tú que tienes que ver?
PEDRO. Yo?... Deme usté una docena;
pero no se case usted.
ENR. Basta de majaderías.
PEDRO. Mi comandante, si es
que me da pena pensarlo.

ENR. Que te da pena? Por qué?
PEDRO. Los dos hasta la presente
hemos vivido muy bien;
usté era mi padre...
ENR. Cómo!
PEDRO. Quiero decir que usté... pues...
Vamos, yo sé lo que digo.
ENR. Sí; pero yo no lo sé.
PEDRO. Los dos eramos felices
y viviamos tan bien
como un pez en su pecera,
¿verdad?
ENR. No eres tú mal pez.
PEDRO. Pero si ahora nos casamos.
ENR. Cómo *nos casamos*?
PEDRO. Pues,
si usté se casa hago cuenta
que me caso yo tambien.
Si nos casamos, es claro,
lo que nos va á suceder
es que á pesares nos matan
ántes de que pase un mes.
ENR. Matarnos?
PEDRO. Mi comandante,
bien pronto lo verá usté.
Lo que la fiebre amarilla
no pudo en la Habana hacer,
ni las balas de los negros
rebeldes, seguro es
que lo hará muy fácilmente
en España una mujer,
por lo cual yo diré siempre:
«Señor, no se case usted.»
ENR. Esa manía, Perico,
ya raya en la pesadez.
PEDRO. Si usté quisiera escucharme...
ENR. Te escucho; no sé qué hacer,
y así iré matando el tiempo.
PEDRO. Pues escúcheme usted bien.
Mientras el pan de la boda
coman usté y su mujer,
entre arrumacos y mimos

y otras cosas que yo sé,
pasará usté una semana,
vamos, á cuerpo de rey.
Mas luégo acabará eso
que llaman luna de miel,
y entónces... Mi comandante,
por Dios, no se case usté.

ENR. Prosigue.

PEDRO. Al cabo de poco
habrá en casa un somaten,
por si ha venido usté tarde
y dijo que iba al cuartel
y en el cuartel no le han visto
hace dos dias ó tres;
ó por si fuma usté mucho,
ó por si va usté al café,
ó por si se va á la timba
y allí se le van los piés,
ó las manos, y ha perdío
cinco doblones ó seis
que la señora queria
pa un vestido de moaré,
ó por cualquiera otra cosa
que bien puede suceder.
Luego vendrán los antojos...
Vamos, ya me entiende usté,
y tendrá usté un heredero
que alborotará por cien,
y pasará usté las noches
dado al mismo Lucifer,
oyendo rabiar al chico
y rabiando usté tambien:
y aunque yo trinque al muchacho
y paseándole esté
por la sala un par de horas,
es muy probable que él
me largue algun arañazo
y siga gritando... Bé!...
y usté renegará entónces
del chico y de la mujer,
y de la hora de la boda
y de la luna de miel.

Por lo cual, mi comandante,
yo creo que mi deber
es decirle á usté con tiempo:
«Mi amo, no se case usté.»

ENR. Hombre, lo pintas de un modo...

PEDRO. Lo pinto tal como es.
Pues luego si el ama sabe
que usté tiene algun belen,
que lo tendrá usté, de fijo...

ENR. Tunante!

PEDRO. Pégueme usté.
Conozco que esta verdad
merece dos puntapiés.
Vendrán los gritos, los lloros
y los desmayos tambien,
y siempre tendrá usté cuadros
como el que enantes vió usté,
cuando su tia y sus primas
se desmayaron las tres,
y por *mor* de que la broma
se acabe pronto, á su vez
no tendrá usté más remedio
que desmayarse tambien.
Y no es esto lo peor,
sino que bien puede ser
que le pase á usté lo mismo
que al teniente coronel,
ya sabe usté...: aquel que en Cuba,
cuando usté hacia de rey,
andaba tan escamao
creyendo que su mujer
hacia muy á lo vivo
el papel de doña Inés.
Y que tenga usté algun lance
en que haga el triste papel
del marido, que es distinto
del que usté acostumbra á hacer.
Y por cierto que aquel paso,
yo creo que para usted
seria muy divertido,
pero lo que es para él...

ENR. Eh! Basta ya de sandeces.

PEDRO. Ya me callo, mas diré
que si quiere usted casarse,
ántes lo medite bien,
y despues de meditarlo,
señor, no se case usted.
ENR. Déjame solo.
PEDRO. Á la órden.
(Pues, señor, se lo encajé.)
(Váse por el foro.)

ESCENA III.

ENRIQUE, solo.

Este Pedro es muy buen chico,
muy bueno, y me quiere bien...
y no le falta talento,
y lo que dice tal vez
es la verdad; pero yo
que he sido, soy y seré
hasta que me muera más
terco que un aragonés,
me he propuesto ya casarme
hoy mismo, y me casaré,
aunque sepa que me mata
á disgustos mi mujer.

ESCENA IV.

DICHO, JUANA.

JUANA. Señorito.
ENR. Dios te guarde,
hermosa.
JUANA. Dice el señor,
que le haga usted el favor
de no salir esta tarde.
ENR. Dile que aquí me estaré.
Mas qué sucede? Sepamos.
JUANA. Me parece que los amos
quieren hablar con usté.
ENR. Y tú sigues empeñada

en marcharte?

JUANA. Sí, señor,
cuanto más pronto mejor.

ENR. Por qué?

JUANA. Porque soy honrada.
Y ántes iré al ataud
como víctima inocente,
que exponerme á que usté atente
otra vez á mi virtud.
Nueva Lucrecia seré...

ENR. Que me admiras, te confieso.
Chica, tambien sabes eso?

JUANA. Pues, qué se pensaba usté?
La instruccion á todos llega,
el mundo va progresando,
y hoy nos están desasnando
á cuatro cuartos la entrega.

ENR. No sigas más. Te comprendo...

JUANA. Hoy las gentes son muy listas.

ENR. Dios mio, esos novelistas
nos las están pervirtiendo.

JUANA. Los pobres ya estamos hartos
de no tener ni aun ideas.

ENR. Mira, muchacha, no leas
novelas de á cuatro cuartos.

JUANA. Voy á arreglar mi equipaje.

ENR. Chica, no seas taimada.

JUANA. Quiere usted algo?

ENR. (Va á abrazarla y se contiene.) Yo?... Nada.

JUANA. Pues me marcho.

ENR. Buen viaje.

(Váse Juana por el foro.)

ESCENA V.

ENRIQUE, á poco ELISA.

ENR. Está visto, huye de mí;
soy un hotentote, un vándalo,
que el desórden y el escándalo
llevo siempre tras de mí.

ELISA. (Entrando.)

Enrique, quieres oirme?
ENR. Tu voz será, prima mia,
la más grata melodía...
ELISA. Sírvete no interrumpirme.
ENR. Estás séria?
ELISA. (Con gravedad exagerada.) Resultando
de lo que hoy hemos sabido,
que tu oferta no has cumplido,
y que en vez de irte enmendando
persistes en el error
de querer á cuantas ves,
sin que ningun interés
baste á refrenar tu amor;
considerando que ya
no hay esperanza ninguna
de que te fijes en una
como en tu interés está;
considerando tambien
que es ultraje manifiesto
haber nuestro amor pospuesto
al del cazo y la sarten,
pues quien llega aventurero
de una fámula á prendarse,
es capaz de enamorarse
de la escoba ó el puchero.
Escuchando el parecer
del consejo reunido,
por mi parte he decidido
que busques otra mujer.
Pues no quiero á tu capricho
servir de innoble juguete,
y tu amor no me promete
más que disgustos. He dicho.
ENR. Eres docta en la materia.
ELISA. Creo que no hay que hablar más.
ENR. Si vieras qué guapa estás
cuando te pones tan séria!
ELISA. Aún de broma no estás harto?
ENR. Prima mia, el corazon...
ELISA. Se levanta la sesion.
ENR. (Mirando el reloj.)
Eran las tres menos cuarto.

ESCENA VI.

ENRIQUE, luégo FERNANDA.

ENR. Vamos, ya pareció aquello.
FERN. Quieres escucharme, primo?
ENR. Con mucho gusto, Fernanda.
(Vendrá á decirme lo mismo
que la otra?)
FERN. Pues escucha.
ENR. Habla, que soy todo oidos,
y de esa boca tan mona
oiria con regocijo,
qué diré yo?... una sentencia
condenándome á presidio.
FERN. Mira, no me eches piropos,
porque entónces no lo digo.
ENR. Si vales más que la Habana,
Santhomas y Puerto-Rico.
FERN. Gracias.
ENR. No hay de qué...
FERN. Pues yo
vengo aquí á llamarte pillo
y coqueton y veleta,
inmoral y libertino.
ENR. Nada más? No has encontrado
más que esos cinco adjetivos
que disparar contra mi?
FERN. Otros cien te hubiera dicho
si quisiera repetirte
los que á mi mamá le he oido.
ENR. Pues digo que tu mamá
usa, Fernanda, un estilo
bien notable, sobre todo
por lo claro y por lo fino.
FERN. Me dijiste esta mañana
delante de nuestro tio
que me querias.
ENR. Pues bien
ahora vuelvo á repetirlo.
Tambien recuerdo que tú

me aceptaste por marido;
que me encontrabas buen mozo...
FERN. Y ahora te encuentro lo mismo.
ENR. Muchas gracias.
FERN. No hay de qué,
pero mi mamá me ha dicho
que voy á ser desgraciada,
que no me case contigo,
porque eres... aquí añadia
aquellos cinco adjetivos.
ENR. Me hago cargo.
FERN. Y otros muchos
que al cabo me han convencido...
Yo... ya ves, estoy llorando,
yo, lo siento, primo mio,
pero vista tu conducta,
y visto lo que hemos visto,
á recoger mi palabra
me envian mamá y el tio,
por lo cual yo la recojo,
me la guardo en el bolsillo,
y al primero que la quiera
se la doy.
ENR. Qué es lo que he oido?...
Mira, no llores, Fernanda.
Yo soy demasiado vivo
de genio, mas con el tiempo
me corregiré, de fijo.
FERN. Eso les he dicho yo,
mas ellos no me han creido,
y dice mamá...
ENR. Qué dice?
FERN. Repite los adjetivos.
ERN. Otra vez?
FERN. Y añade...
ENR. Qué?
FERN. Que para casarte, primo,
tendrás que volverte pronto
á Cuba ó Santo Domingo
y casarte con un negro.
ENR. Qué atrocidad!
FERN. Eso ha dicho,

y á más vuelve á repetir...

ENR. Sí, ya sé, los adjetivos.
Pero tú ¿no me dijiste
esta mañana aquí mismo
que te gustaban los hombres?...

FERN. Y sí que me gustan, primo.

ENR. Pero los hombres que tienen
el carácter atrevido,
vamos, y el alma bien puesta.

FERN. Es muy cierto. Te lo he dicho.
Pero tú tienes el alma
tan bien puesta, primo mio,
que ya es demasiado.

ENR. Bueno.
De gustos no hay nada escrito,
y toda vez que tú quieres
que me descerraje un tiro,
te daré gusto.

FERN. Qué horror!
Enrique, yo te suplico...

RAM. (Entrando.) Vete, Fernanda.

FERN. Mamá,
es...

RAM. Que te marches he dicho. (Váse Fernanda.)

ESCENA VII.

ENRIQUE, DOÑA RAMONA.

ENR. (Aquí va á ser ella.)

RAM. Enrique.

ENR. Tia, ya más no resisto.

RAM. Vengo...

ENR. No quiero saberlo.

RAM. Es que yo quiero decirlo.

ENR. No quiero escucharlo, tia.

RAM. Pues lo has de escuchar, sobrino.

ENR. Ya sé que viene usté á darme
calábazas.

RAM. Eso mismo.

ENR. Pero aunque usté me las dé
yo, tia, no las admito.

RAM. Anda á ver si la doncella...

ENR. Doncella?...
RAM. Sí, de servicio,
doncella de profesion.
ENR. Pues, doncella á precio fijo.
RAM. Pues anda á ver si ella admite
tus galanteos, sobrino,
porque yo me tengo en mucho
para rival de ese pingo.
ENR. Tia, tenga usted piedad.
RAM. Yo piedad de un libertino...
ENR. Suprima usted por favor
los otros cuatro adjetivos,
pues ya Fernanda con ellos
me regaló los oidos.
Las calabazas de Elisa,
vaya en gracia, las admito,
las de Fernanda, las siento,
mas qué he de hacer? las recibo.
Pero las de usted?... Oh! tia,
tia, tia...
RAM. Pues, sobrino,
haberlo pensado ántes.
ENR. Tia, yo soy un borrico,
pero la quiero á usted mucho,
y si al fin soy su marido.
va usté á vivir en la gloria.
RAM. (Da lástima el pobre chico.)
Hijo, yo lo siento mucho,
pero ya está decidido.
Tu mujer vivirá siempre
en sobresalto contínuo
temiendo que te enamores
del aguador...
ENR. Mas, por Cristo!
me ha creido usté capaz?...
RAM. Y por fin, lo dicho dicho.
ENR. Pero, tia, una mujer
que tiene tanto atractivo
como usted es imposible
que tenga el pecho de risco.
RAM. Ay! ojalá lo tuviera.
ENR. Lo ve usted?... Ese suspiro

me prueba...

RAM. No prueba nada.

ENR. Tia, soy feo?

RAM. No digo...
al contrario...

ENR. Pues entónces...—
Qué guapa es usted!...

RAM. (Qué listo!)
Adios.

ENR. Se marcha usted, tia.

RAM. Sí, porque tú eres muy pillo
y vas á hacer que vacile
y que falte al compromiso
que con mi hermano y mis hijas
hace poco he contraido.

ENR. Pues falte usted.

RAM. No, me marcho.
(Si estoy aquí más me rindo.) (Váse.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, á poco D. DIEGO.

ENR. Hasta mi tia me da
calabazas. Y aun existo? (Pasea con agitacion.)

DIEGO. Hola! Estás de buen humor?

ENR. Quiere usted dejarme, tio?

DIEGO. No, porque tengo que hablarte.

ENR. Si viene usted á lo mismo
que mis primas y mi tia,
creo que es tiempo perdido:
yo no le he hecho á usté el amor.

DIEGO. Todavía no, sobrino,
pero si estás aquí mucho
del todo no desconfio.

ENR. Tio, dájeme usté en paz,
mire usté que yo soy vivo
de génio.

DIEGO. Qué? me amenazas?

ENR. No amenazo, pero aviso.

DIEGO. Pues, sobrino, tu carácter
será muy bueno, no digo

lo contrario, y tienes prendas
que te hacen por demas digno...

ENR. Bien, cómase usté la paja
y vamos al grano, tio.

DIEGO. Hombre, no pasees más
porque me mareas, hijo,
y pareces una fiera
de las que hay en el Retiro...

ENR. Es que estoy hecho un leon.

DIEGO. Ya lo veo.

ENR. Un basilisco,
un tiburon...

DIEGO. Bueno, bueno.
cualquera animal, sobrino.

ENR. Es pulla?

DIEGO. No tal.

ENR. Es que...
para pullas está el niño.

DIEGO. Pues como te iba diciendo...

ENR No más preámbulo, tio.

DIEGO. Tu corazon es hermoso,
más tienes ciertos instintos...

ENR. Cómo instintos? Soy acaso
algun animal?

DIEGO. No digo
eso, ni quiero ofenderte.

ENR. Mi tia me llama pillo
y usté para componerlo
me dice que tengo instintos.

DIEGO. Pero, hombre, piensa que nunca
puede ofender á un sobrino
un tio que le ha criado
y le quiere como á nu hijo.

ENR. En fin, á qué viene usté?

DIEGO. Con gran sentimiento mio
vengo á decirte...

ENR. Qué?... Vamos.

DIEGO. Que despues de lo ocurrido
y en vista de que tú tienes
ese carácter tan vivo,
y ese amor al bello sexo,
aun no siendo bello, digo

que no encuentro decoroso
y creo comprometido
que tus dos primas y tú
vivais bajo un techo mismo.

ENR. Bien, me echa usté de su casa.

DIEGO. No; mas advierte, sobrino,
que tú junto á dos muchachas...

ENR. Cierto; estoy siempre en peligro...
vamos... yo no, pero ellas...

DIEGO. Justo.

ENR. Lo comprendo, tio;
mas para decirme: «vete,»
no era á mi entender preciso
andar con tantos rodeos,
ni emplear tantos remilgos;
con decirme: «chico, estorbas,»
yo pronto me hubiera ido.
Esta noche dormiré
en la fonda.

DIEGO. No es preciso;
mañana puedes con calma...

ENR. Á qué mañana? Ahora mismo.

DIEGO. Cree que lo siento mucho,
mas es el mejor partido;
y eso no quita que yo
te tenga mucho cariño,
y vengas diariamente.

ENR. Bien, ya me hago cargo, tio.

DIEGO. Y reforma tu carácter;
sé formal, te lo suplico.

ENR. Tio, déjeme usté en paz.

DIEGO. Ya te dejo en paz, sobrino. (Váse.)

ESCENA IX.

ENRIQUE.

ENR. Yo quiero comerme á alguno.
Un hombre! lo necesito!...
que me lo sirvan... Ah! Pedro! (Llama.)

(Tirando del cordon de una campanilla hasta romperlo.)
Perico! vamos! Perico!

ESCENA X.

DICHO, PEDRO.

PEDRO. (Entrando.)
Mande usté, mi comandante.
ENR. Pedro, tú me eres leal,
tú me quieres bien.
PEDRO. Es claro,
nadie lo podrá dudar.
ENR. Trae aquí el fusil cargado.
PEDRO. Al momento. (Qué será?) (Váse foro.)
ENR. Ya que ninguno me quiere,
haré una barbaridad,
y los que no me aman vivo
cadáver me llorarán.
PEDRO. (Entrando con un fusil.)
Aquí está ya ese instrumento.
ENR. Cuádrate; bien. Firmes!... ar!...
(Pedro se cuadra como para hacer el ejercicio. Enrique da las voces de mando que indica el diálogo.)
PEDRO. (Si se me habrá vuelto loco
el amo?)
ENR. Me apuntarás
al pecho.
PEDRO. Cómo?
ENR. Silencio
en las filas.
PEDRO. Bien está.
ENR. Has cargado?
PEDRO. Sí señor.
ENR. Con bala?
PEDRO. Sí. (Qué querrá?)
ENR. Verán ustedes qué pronto
va un hombre á la eternidad.
Preparen! Apunten! Fuego!
(Pedro obedece todas las voces, ménos la de «fuego.» Al oir esta retrocede espantado.)

No disparas, animal?
PEDRO. Si he cargao, mi comandante.
ENR. Pues por eso has de tirar.
PEDRO. Pero si he cargao con bala.
ENR. Ya le sé... razon de más.
Vamos, cuádrate otra vez,
y obedece sin tardar. (Pedro se cuadra.)
Preparen! *apunten!* (Pedro obedece.)
PEDRO. Vuelvo! (Echando á correr.)
ENR. Alto!...
PEDRO. No me muevo ya.
ENR. Me reconoces por jefe?
PEDRO. Pues es claro.
ENR. Y ademas,
recuerdas que la ordenanza
manda que sin replicar
obedezcas desde el cabo
al capitan general?
PEDRO. Sí señor, nunca lo olvido,
mas hay casos...
ENR. No los hay,
y yo en uso del derecho
que ese código me da,
te mando que me fusiles.
PEDRO. No haré tal atrocidad.
ENR. Tira.
PEDRO. Que alboroto á voces
á toda la vecindad...
ENR. Tira.
PEDRO. Ladrones! Socorro!
Fuego!
RAM. Qué ocurre? (Saliendo)
DIEGO. Qué hay? (Id.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DOÑA RAMONA, D. DIEGO, FERNANDA, ELISA.

PEDRO. Pues nada, mi comandante,
que en esta sala hace poco
creo que se ha vuelto loco.
FERN. Loco?

DIEGO. De veras?
ENR. ¡Tunante!
PEDRO. Aquí me obligó á cargar,
y en seguida me mandó
que lo fusilase, y yo
no lo quiero fusilar.
DIEGO. Enrique...
RAM. Quieres morir? ..
FERN. Primo mio, qué locura!...
ENR. Ya mi mal no tiene cura
y estoy harto de vivir.
Del dolor hasta las heces
el cáliz tengo apurado,
pues lo que aquí me ha pasado
me ha pasado ya cien veces.
Para amar no me doy trazas,
y amando estoy en la gloria;
y cuento en mi larga historia
por miles las calabazas.
Á una sola no sé amar
por más que la ley lo mande,
que es mi corazon más grande
que el peñon de Gibraltar.
Mi amor el umbral traspasa
de esta morada; las tres
me desdeñan, y despues
me echa el tio de su casa.
Y al ver que toman tal giro
los sucesos, es corriente,
llamo á mi fiel asistente
para que me pegue un tiro.
PEDRO. Aunque nos echen de aquí
la desgracia no es tan honda,
que ahí enfrente hay una fonda
con una rubia... hasta allí.
ENR. Rubia has dicho?
PEDRO. Cosa buena.
ENR. Estás seguro? Lo estás?
PEDRO. Y una morena ademas...
ENR. Hay tambien una morena?
Pedro, yo las quiero ver...
Anda á tomar mi equipaje.

Adios, tios...

RAM. Buen viaje.

DIEGO. Te irás despues de comer.

ENR. Corriente... Mi corazon (Al público.)
late por todas las bellas,
conque... que me aplaudan ellas,
ántes que caiga el telon.

Telon

FIN.

OBRAS DRAMATICAS

DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

EN UN ACTO.

Pobre importuno...
Un tenor, un gallego y un cesante.
Una comedia más.
No mateis al alcalde.
Me conviene esta mujer.
Don Ramon.
El sombrero de mi mujer. [1]
Por una bota.
El sastre del Campillo.
¡El rey ha muerto! ¡viva el rey!
El laurel y la oliva.
La muerte de Cleopatra.
La propiedad es un robo.
Un vago de real órden.

EN TRES Ó MAS ACTOS.

La piedra de toque.
Marco Spada.
Un dia en el gran mundo.
La mejor joya, el honor.
Los pobres de Levita.
La última batalla.
Del enemigo el consejo.
¡Me gustan todas!

---

1 Zarzuela con música de D. Salvador Ruiz.

3 0112 117454923

PUNTOS DE VENTA.

Madrid; Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Manzano.
Albacete.....	Ruiz.
Alcoy.....	Martí.
Algeciras.....	Muro.
Alicante.....	Gossart.
Almeria.....	Alvarez.
Avila.....	Lopez.
Badajoz.....	Coronado.
Barcelona.....	Cerdá.
Idem.....	Gonart.
Bejar.....	Lopez Coron.
Bilbao.....	H. de Delmas.
Burgos.....	Rodriguez.
Cáceres.....	Jimenez.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena.....	Pedreño.
Castellon.....	J. Maria de Soto.
Ceuta.....	M. G. de la Torre.
Ciudad-Real.....	Acosta.
Ciudad-Rodrigo..	Tejeda.
Córdoba.....	Lozano.
Coruña.....	Lago.
Cuenca.....	Mariana.
Ecija.....	Giuli.
Ferrol.....	Taxonera.
Figueras.....	Viuda de Bosch.
Gerona.....	Dorca.
Gijon.....	Crespo y Cruz.
Granada.....	Zamora.
Guadalajara.....	Oñana.
Habana.....	Charlain y Fernz.
Haro.....	Quintana.
Huelva.....	Osorno é hijo.
Huesca.....	Guillen.
I. de Puerto-Rico.	J. Mestre.
Jaen.....	Idalgo.
Jerez.....	Alvarez.
Leon.....	Viuda de Miñon.
Lérida.....	Sol.
Logroño.....	Brieba.
Lorca.....	Gomez.
Lucena.....	Cabeza.
Lugo.....	Viuda de Pujol.
Mahon.....	Vinent.
Málaga.....	Moya.
Mataró.....	Clavel.
Murcia.....	Hered. de Andrion
Orense.....	Perez.
Orihuela.....	Martinez Alvarez.
Osuna.....	Montero.
Oviedo.....	Martinez.
Palencia.....	Hijos de Gutierrez
Palma.....	Gelabert.
Pamplona.....	Rios.
Pontevedra.....	Bucota Solla y compañia.
Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Reus.....	Prius.
Ronda.....	V.ª de Gutierrez.
Salamanca.....	Huebra.
San Fernando...	Martinez.
Sanlúcar.....	Oña.
Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Santander.....	Hernandez.
Santiago.....	Escribano.
San Sebastian...	Garralda.
Segorbe.....	Gra. Campos.
Segovia.....	Salcedo.
Sevilla.....	Hijos de Fé.
Soria.....	Rioja.
Talavera.....	Castro.
Tarragona.....	Font.
Teruel.....	Baquedano.
Toledo.....	Hernandez.
Toro.....	Tejedor.
Valencia.....	J. García.
Valladolid.....	Nuevo.
Vigo.....	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Vitoria.....	A. Juan.
Ubeda.....	Perez.
Zamora.....	Fuertes.
Zaragoza.....	V. de Heredia.